

tribuir al avance de algo que, por su amorfismo, se separaría demasiado de los hechos diarios, de lo que penetra apasionadamente en nuestro espíritu. Se establecería una separación sin duda desfavorable para el porvenir de la ciencia, entre el mundo intelectual y el mundo pasional, y como es éste el que en último resultado pone en acción nuestras actividades, la obra científica vendría á ser algo así como el limbo de las Escrituras; nos remontaríamos á un mundo uniforme y homogéneo, incapaz de excitar nuestras reacciones hasta llegar un momento en que, demasiado lejos de lo humano, habríamos perdido toda orientación y la Ciencia, que ya en este punto no sería tal Ciencia, vendría á parar en una construcción lógica puramente ideal completamente desligada de la realidad que nos sujeta y nos obliga.

Y esto ha sucedido en alguna época de la evolución del conocimiento humano; dícese en general que la edad media es edad pasiva; dígase que fué estéril para la educación y el bienestar de la humanidad y se estará en lo cierto, porque es indudable que el esfuerzo intelectual realizado en tantos siglos fué enorme, mas como los pensadores, carecieron de orientación definida y vivieron—precisamente por su carácter monacal y por la influencia del ideal cristiano—alejados de las enseñanzas de la realidad, su labor no fué provechosa. ¡Cuánto sistema filosófico, cosmológico, teogónico, no rebulliría en aquellos cerebros en largas noches de meditaciones! Pero todos estos sistemas faltos de base real y libres de levadura de pasiones, desaparecieron para siempre con sus ignorados autores sin que la humanidad se percatara de ellos ni sufriera influencia alguna.

Mientras la Ciencia no entró en la realidad, hasta que las consecuencias del conocimiento llegaron á las fibras más hondas del espíritu humano, hasta que hubo lucha y que se hizo siembra de elementos pasionales la ciencia fué algo muerto, inerte que, extraño á la vida del hombre, pasó por el hombre inadvertido.

La obra del Renacimiento fué de humanización del Arte y de la Ciencia, descendió ésta de sus sublimidades racionales, y entonces, por ella discutió el hombre, por ella padeció, movió guerras, encendió hogueras, removiése la mente al impulso de algo que materialmete la interesaba, prendió el conocimiento en la realidad y llegó á constituirse la ciencia positiva. Tomadas seguras posiciones, que habían impuesto necesidades fundamentalmente biológicas, se echaron las bases de la ciencia experimental y por el análisis, sometido á las reglas invariables de la lógica, se fué formando la suma y organización de conocimientos que constituyen el tesoro hoy inapreciable de la inteligencia humana.